



## CARTA 105

**A. Chevrier** [Prado,] 2 enero 1875

Queridos hijos:

He leído con gusto la carta que me enviaron con motivo del día primero del año; lo que me consuela y me regocija en Nuestro Señor son los sentimientos de virtud que expresan en ella y los deseos de practicar las virtudes de Nuestro Señor. Oh, sí, queridos hijos, todo habrá merecido la pena si veo despuntar en ustedes algo de Dios, algunos sentimientos elevados, grandes, verdaderamente cristianos y dignos del estado sublime al que los llama el buen Maestro.

Escuchan con frecuencia en sus oraciones, en sus meditaciones, en su recogimiento estas palabras del Señor: *Sequere me, sequere me*, estas palabras que arrastraron a Pedro, a Santiago, a Juan, a Felipe y a los demás a su seguimiento, e hicieron de ellos apóstoles que marcharon tan valientemente y con tanto ánimo por el camino de la pobreza, del sufrimiento y del amor.

Rezo por ustedes, queridos hijos, ustedes son mi consuelo en mis sufrimientos y mi esperanza en mis dificultades.

Cuando pienso que un día catequizarán a los pobres, que un día se entregarán al servicio del buen Maestro, que harán lo que yo mismo no he podido hacer, que llegarán a ser santos, porque trabajan por llegar a ser verdaderamente otros Jesucristo, que la caridad abracará sus corazones y los hará dar frutos buenos que permanecerán para siempre, me siento feliz.

¡Oh, sean santos!, ése es su trabajo de cada día. Crezcan en el amor de Dios, crezcan para conseguirlo, en el conocimiento de Jesucristo, porque ésa es la clave de todo. Conocer a Dios y a su Cristo, en eso consiste todo el ser del hombre, del sacerdote, del santo; ojalá puedan llegar ahí.

Recen por mí, yo rezo por ustedes también, y soy, con afecto muy paternal, su Padre y su amigo en Jesucristo.